Domingo 19 de febrero de 1995

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

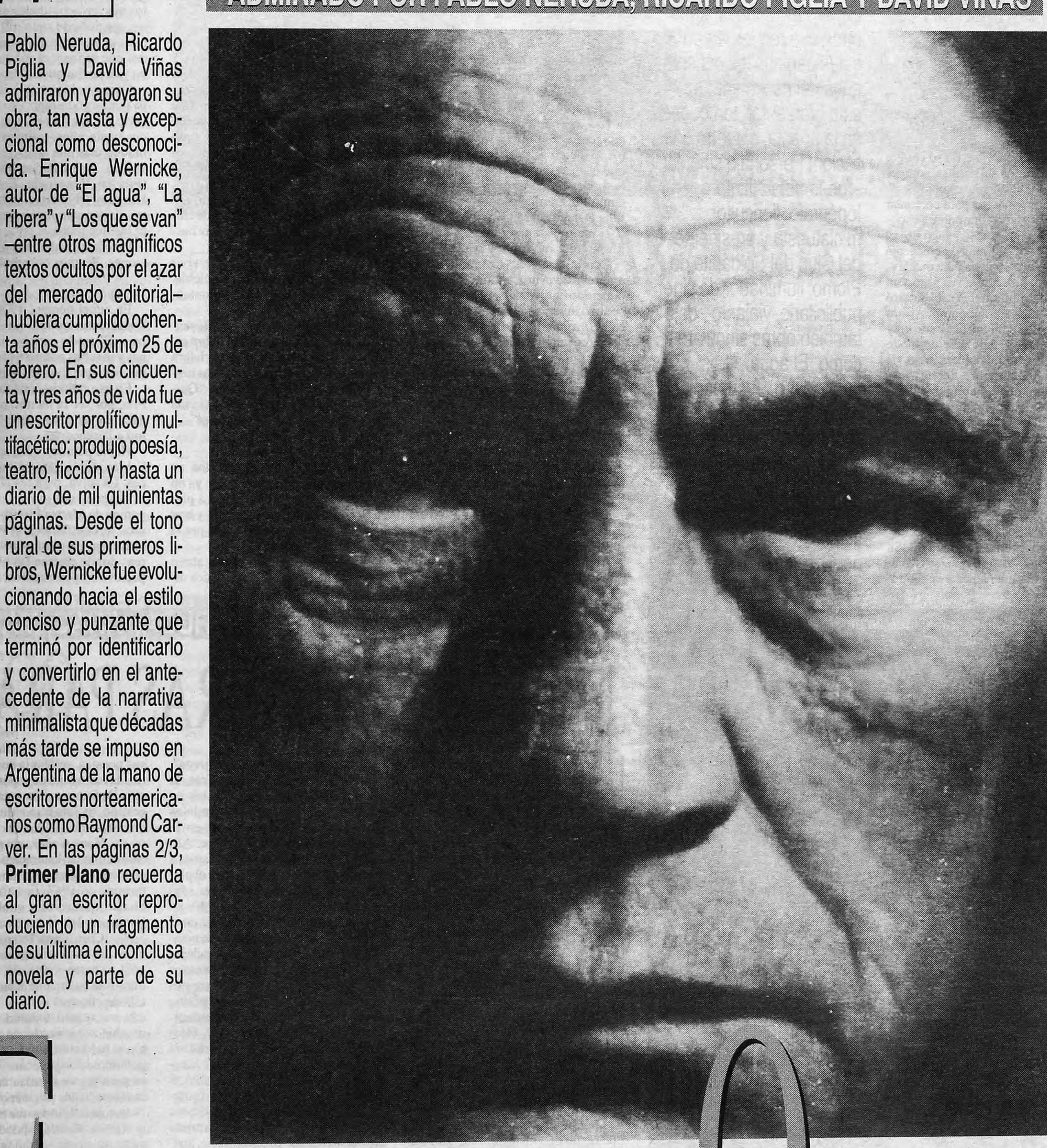
Editor: Tomás Eloy Martínez

REIVINDICACION OFICIAL DE OSCAR WILDE: UN MEA CULPA TARDIO, *por Gabriela Cerruti, desde Londres* 6/7

La correspondencia entre Albert Einstein y Michele Besso: FISICA POR CORREO 8

ENRIQUE WERNICKE, UN ESCRITOR CASI DESCONOCIDO, ADMIRADO POR PABLO NERUDA, RICARDO PIGLIA Y DAVID VIÑAS

Pablo Neruda, Ricardo Piglia y David Viñas admiraron y apoyaron su obra, tan vasta y excepcional como desconocida. Enrique Wernicke, autor de "El agua", "La ribera" y "Los que se van" –entre otros magníficos textos ocultos por el azar del mercado editorial– hubiera cumplido ochenta años el próximo 25 de febrero. En sus cincuenta y tres años de vida fue un escritor prolífico y multifacético: produjo poesía, teatro, ficción y hasta un diario de mil quinientas páginas. Desde el tono rural de sus primeros libros, Wernicke fue evolucionando hacia el estilo conciso y punzante que terminó por identificarlo y convertirlo en el antecedente de la narrativa minimalista que décadas más tarde se impuso en Argentina de la mano de escritores norteamericanos como Raymond Carver. En las páginas 2/3, **Primer Plano** recuerda al gran escritor reproduciendo un fragmento de su última e inconclusa novela y parte de su diario.



EL NARRADOR OCULTO

INEDITO: LA NOVELA "OFICIAL DE ATRAS EN CABALLO BLANCO"

CONTAR SIN TRAMPAS

A falta de merecida difusión en vida o gloria póstuma, Enrique Wernicke tuvo el reconocimiento de sus pares, de escritores como Pablo Neruda, Ricardo Piglia, David Viñas, entre otros que recuerdan en estas páginas los ochenta años del nacimiento de este gran autor, tan bueno en la poesía, el teatro o la ficción. Personaje singular –fue también titiritero, topógrafo, floricultor, miniaturista y presidente del Club del Soldadito de Plomo, iluminador de cine, publicitario, viajante– dejó también obras singulares como "El agua", "Los aparatos" o "Tucumán de paso". Muestra de ese conjunto son los inéditos cedidos a Primer Plano por Rosa Dror, viuda de Wernicke: fragmentos de su última e inconclusa novela y de su diario.

ENRIQUE WERNICKE

Mayo 22 de 1968.

Es notable comenzar una nueva novela. Y más en este caso, en que pretendo resumir la historia de mi vida. El mate gira, surgen infinitos enfoques, brotan las dudas en tropel. Y sin embargo, un deleite extraño me regocija. Después serán dolores y más dudas. Y bueno, vamos al encuentro de todo, con el mejor ánimo. Pese a las circunstancias adversas de mi actual vida.

RACCONTO

–Yo quiero ser oficial de atrás en caballo blanco.

Lo dijo cuando todavía no tenía cinco años. Y se refería a los oficiales que marchan a la retaguardia del desfile.

Cumplió su deseo. Toda su vida fue un "oficial de atrás en caballo blanco". Logró charreteras, tuvo el caballo blanco y siempre estuvo atrás de los honores. Es un modo de hacer un destino. Para mí, más importante que ir a la cabeza (falsa) de las cosas. Es decir: vivir un destino humilde, pero no tanto. Tener todo, pero no más. Y dejar que la vida siga un curso normal que explique la placidez de una muerte.

Fue así toda su vida. En su carrera literaria tuvo los suficientes honores y, lo que es más importante, los suficientes lectores como para continuar incansable su labor. Fue pobre y es pobre. Pero comió, durmió y cagó sin sufrimientos durante más de cincuenta años. Una vida cómoda para muchos.

En política, una sola vez votó a un candidato triunfante. Y se enterró porque votó por la antipatria, Arturo Frondizi. Fue comunista, desde muy joven, y sigue siéndolo de un modo extraño. Tal vez, si hubiera vivido la Revolución de Octubre, habría triunfado; quiero decir, habría dado mucho más de sí que lo que ha dado.

Pero...

En este país, las personas que más respeta son "oficial de atrás en caballo blanco". Y solamente por eso me ocupo de este pobre personaje.

Fue rico en amores y, por lo tanto, desdichado. Pero eso le pasa al común de los hombres. Y también, por qué no reconocerlo, a las mujeres. Su alegría, su amor a la vida, se debieron a otra cosa: su amor a la naturaleza; su salud, probada en mil contingencias; y un sentido dialéctico que le permitió comprender lo que vivía.

Después, fue como tantos, aunque saliera en los diarios.

Importa señalar los incontables afanes que dedicó a la amistad. La amistad, para él, fue la mitad de su vida. Gracias a ella entró y salió de muchos entremeses y, cuando pasó los cincuenta años, le quedó un regusto que lo llevó a decir: "Mis amigos han sido todo en mi vida. Y mi madre fue mi primera amiga. Y, ya de viejo, mis hermanos."

Mayo 23 de 1968.

Exageraba. Porque a unos cuantos amigos los hizo cornudos y otros tantos lo hicieron cornudo a él. Pero lo real es que, cuando uno se entrega a la amistad, quiere tanto los abrazos como los mordiscos. Tal vez, en última instancia, sea un modo de vivir. Y si me pongo en crítico, es uno de los mejores modos de vivir.

Con las mujeres (mientras fueron amores) tuvo una actitud distinta y por cierto equivocada. El mandato de su sexo inventaba la guerra y sólo alcanzó la paz en contados instantes, es decir, cuando se le caían los ojos de sueño.

Bueno; desconfió desde muy niño de esos seres humanos que hacen pis sentados y jamás, a lo largo de todos sus amores, pudo entenderlos del todo. Dos pueden haber sido los motivos: era muy hombre y por lo tanto estúpido, o tenía escondida alguna femineidad que encontraba en cada hembra una rival.

Todo esto lo dilucidaremos en esta historia. Y guardemos para un epílogo las consideraciones finales.

Acometamos, de la mano, las infinitas incidencias. Soportemos banalidades que tuvieron consecuencias y tratemos de ver, en los hechos comunes de una vida, ese misterio realmente indefinible que se llama "existir como hombre".

Pretendemos contar sin trampas. El lector siempre sabrá de antemano cómo ha de terminar el cuento. Pero lo que no sabe todavía es el porqué de las cosas. Durante años hemos afilado bien los dientes.

Hoy morderemos fuerte.

II

Escuchar el concierto quinto Del Emperador bajo árboles de cincuenta años, a la vera de un arroyo, en una luminosa tarde de setiembre, puede deformar toda una vida. Sobre todo si el hecho sucede cuando el personaje ha cumplido dieciséis años y se encuentra solo en una estancia.

Desde donde él estaba, tirado entre las madreselvas, había más de cinco cuadras hasta el chalet y seis hasta la casa de los peones.

Hay cosas que nadie puede vivir sin que le dejen una marca indeleble. Por ejemplo, lo que estamos contando.

Me pregunto cómo se habrá levantado ese adolescente, cómo habrá recogido el tocadiscos y cómo habrá vuelto entre las inmensas acacias hasta llegar a su casa y escribir: "Quisiera que todas las tardes de mi vida tuvieran la luz de este atardecer".

(...)

Eran tres hermanos, nacidos en Buenos Aires, en una calle que ya no existe más: la calle Falucho. La plaza San Martín ocupó su predio y hoy un simple camino de plaza tira por la borda tantos recuerdos.

Pero, en realidad, los chicos abren los ojos en el campo. A los pocos días de paridos, la familia regresaba a la estancia. De modo que las primeras miradas se llenaron de verde, de azul, de pampa. Durante toda su vida, estos personajes signados tuvieron no un amor sino una dependencia con el campo. Para ellos, vivir exigía el verde y el trigo dorado y esa línea playa de un horizonte único. Pagaron con sangre esta manía porque los tres, en actividades muy diferentes, después de siete mil contingencias, se encontraron mirando las tardes que se iban, el sol que se acababa y la noche que se venía encima.

Como es lógico, la vida los separó por largo tiempo. No es tan lógico, o tal vez lo sea, que al cumplir cincuenta años, volvieron a unirse, mucho más que antes.

Hoy, diseminados por el mundo (Fita en Venezuela, Enrique en el Uruguay y Federico en Mar del Plata), darían una mano por tomar mate los tres juntos.

Pero nos perdemos en generalizaciones. Seamos coherentes.

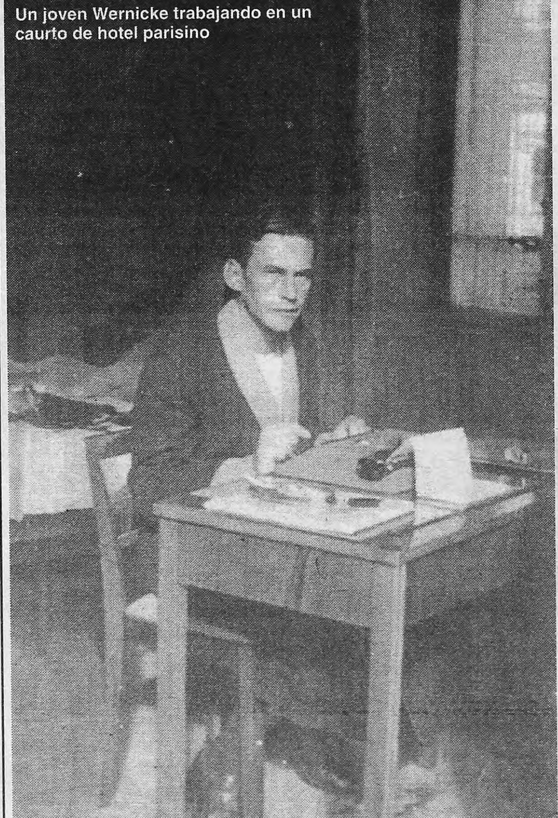
(...)

En aquel tiempo, 1920, el campo bonaerense todavía estaba lleno de paja. El arado cortaba tierras vírgenes y muchos potreros ofrecían la naturaleza que dios les había dado.

En ese mundo corrían los chicos. Fita, por ser la menor, a veces quedaba en las casas, pero luego se sumó a las cacerías.

Había peludos, vizcachas, zorros, liebres, algún gato pajero y avestruces. La selva, para los cinco años.

Después del monte empezaba la pampa de Martín Fierro. pero anotemos la contradicción: el casco era otra cosa. Un monte de veinte hectáreas donde crecían las más finas especies europeas: cedros, cipreses, pi-


Un joven Wernicke trabajando en un caurto de hotel parisino

UN RECUERDO DE NERUDA, VIÑAS, MANAUTA,

PALABRAS PARA UN

MIGUEL RUSSO

Juventud, aire, cacería, muchachas y caballos, algo indefiniblemente puro y salvaje, pasa por estos cuentos arrastrando sus palabras y sus intersticios como una pura ola de viento transparente. Las germinaciones de una adolescencia americana, entre plantas y cabelleras, extensiones y bosques, praderas y pasiones, en una turbulencia quieta de grandes espacios, esencias y raíces", dijo en 1947 el poeta chileno Pablo Neruda al referirse al libro *El Señor Cisne* de Enrique Wernicke. Poeta, cuentista, dramaturgo y novelista, los principios de la literatura de Wernicke (Buenos Aires, 1915-1968) son una muestra, infrecuente y brillante, de la realidad del campo bonaerense donde pasó gran parte de su infancia: el universo de las pequeñas estancias, el pueblo con su almacén de ramos generales y la ligazón entre ambos paisajes por el trote de un sulky. Poeta de la amistad, su primer libro, *Palabras para un amigo* (1937), contiene el germen de una narración incipiente que busca, entre la prosa poética, la noción de una historia: "Cuando me veo sobre el papel trabajando con mi pluma te envidio a ti que puedes cantar sin escribir nada".

Le siguió, un año después, *El capitán convaleciente y otros poemas distintos*. Enrique Wernicke maneja en este poemario, ya sin secretos, el arte de contar: "Era un viejo Capitán de Mares/ que descansaba a la puerta de su enfermedad./ Por encontrarse solo o porque llegaba a viejo/ le hablaba a su zapatones negros y extranjeros". Sus poemas reflejan, claramente, la provincia de Buenos Aires de los inmigrantes con la profusión de relatos en diversas lenguas aunadas en la certeza de un mismo horizonte. Allí aprendió, tanto con sus tonos festivos como con las imposibilidades, el placer de narrar. Pero no iba a ser sólo un escritor de campo. En 1940, su cuento largo *Función y muerte en el cine ABC*, destaca por una voz netamente urbana y anticipa –paradojas de la literatura– los procedimientos narrativos que cuarenta años después se volverían famosos en la Argentina de la mano de escritores norteamericanos como Raymond Carver. Héctor Yánover, para quien Wernicke era "un ídolo, alguien a quien leía y escuchaba con admiración", escribió en 1968, unos meses después de la muerte del autor: "El estilo cortado, de pocas palabras y el prólogo trazando un puente desde el final hacia hoy, asemeja *Función y muerte en el cine ABC* a esas viejas películas que narra. Hay frases del cuento que he incorporado para siempre a mis recuerdos del mundo. Al terminar de leerlo, ya sé que Enrique no murió, sino que dejó esos cuentos que andan solos y hacen leguas con su nombre".

El mismo año aparecieron los cuentos de *Hans Grillo* donde Wernicke, retomando el sabor rústico de sus poesías, refleja la sociedad politizada incluyendo como personajes a aquella fauna con la que había compartido su infancia rural. Por estas dos obras de 1940, *Función y muerte...* y *Hans Grillo*, ganó el Premio Municipal de Literatura. El silencio editorial que se impuso a sí mismo terminó en 1947. Ese año, como sabiendo que sólo le quedaban veintiuno por delante, comenzó, con *El Señor Cisne*, una frondosa producción que abarcaría once títulos.

"La suerte –recuerda su amigo, el narrador Juan José Manauta–, más allá de nuestras afinidades ideológicas, me regaló su amistad. Aprendí muchísimo leyendo su obra de pe a pa, y hablando con Enrique en larguísimos sábados de asado y vino que se pasaban de la raya y, a veces, no paraban hasta el domingo. Amábamos la literatura, nuestro oficio, y nos proponíamos muy en serio respetar el idioma. Me deleité y aún gozo de su estilo casi frugal y apasionado. Creo que a muchos les ha ocurrido. Ningún escritor sigue siendo el mismo después de leer *La ribera* o *El Señor Cisne*".

En 1948 publicó *La tierra del bienteveo*; en 1949, *Tucumán de paso*; en 1951, *Chacareras*. Pero uno de sus libros fundacionales, su primera novela,llegaría en 1955: *La ribera*. Para David Viñas, esta novela, "plan-

nos, acacias y... basta de botánica.

Un alemán, pata de palo, había dirigido la plantación que planeó Hintermeyer. Y por entonces, cuando hicieron el chalet, los galpones y la casa de peones, aquello era un paraíso para cualquiera que supiera ver.

¡Qué contradicciones estupendas tiene el desarrollo de la floreciente burguesía! Nos enseñó lo mejor y nos arrastró a lo peor. Bueno, la historia no se limita a Grosso. Y Carlos Marx no fue un vidente, sino un hombre como nosotros.

En ese mundo, vestidos por Harrod's, vivieron su infancia nuestros personajes.

Una madre que cortaba rosas por la tarde.

Un abuelo, culpable de todo esto. Y del cual volveremos a hablar.

Y un padre tan desconcertante en sus locuras que sólo puedo añadir: era un buen tipo.

Loco, loco como una cabra. Y peligroso, porque nunca se lo notó en su vida. Eran tiempos aquellos en que un excéntrico pasaba por normal, siempre que fuera rico.

Pero el padre se vestía como nadie. Se mandaba hacer trajes (breeches, cazadora, zapatos y polainas) cuando la provincia andaba en patas y, a veces, con chiripá.

Esto no es nada, porque cada uno tiene sus manías. Pero no se podía amar como tal a una mujer (la madre) y ensartar ratas con la espada de caballería. No se podía hacer cruces de plata en la fragua de una estancia antigua y hablar fluidamente cinco idiomas. Y menos todavía usar un casco de corcho en invierno y en verano usar espolines ingleses para subirse al auto.

Era un buen tipo. Esa misma clase de delirio la aplicó a la vida cotidiana. Y enseñó a los chicos a trotar sin estribos y a cantar las más hermosas canciones de Navidad.

Pero era loco.

Esa locura la transmitió a sus hijos. Cada uno agarró un gajo y se repartieron la naranja.

En cuanto a la madre, que veía todo esto asombrada, por cierto, despertaba a las diez, tomaba un té en la cama y recién a mediodía salía a la vista de su gente. Ya hablaremos de ella, porque tiene mucho que ver en esta historia.

(...)

¡Pobre Fita! Después de haber tenido un tapado colorado que cubría sus cuatro años, después de haber tenido una chiva mansa (Titi) que la llevaba en un carrito por el monte, después de haberse casado y tenido diez hijos, terminar, o desembocar apenas, en un país extranjero lejos de los suyos.

¡Pobre Enrique! Tan compadrón, tan insolente, tan fanfarrón en algunas cosas, terminar en la humildad de un monje que llora por su retiro.

¡Pobre Federico! Quiso ser recto. Lo consiguió. Pero la vida se le torció un poco y todo se fue a la mierda. Resucitó como Lázaro y a esta altura de su existencia madura sus experiencias como un oso en la cueva.



Enrique Wernicke y su esposa Rosa Dror.

PIGLIA Y YANOVER

AMIGO

tea de una manera brillante y mediante un lenguaje definitivamente particular, el redescubrimiento de toda la zona de Olivos, La Lucila, San Fernando. Si bien se puede observar una fuerte influencia de Horacio Quiroga, habría que volver a leer a Enrique Wernicke muy atentamente para reconocer el valor que sus obras aportaron a la narrativa posterior". La Dirección de Cultura de la Provincia de Buenos Aires le otorgó en 1963 el Gran Premio de Literatura por esta novela.

Enrique Wernicke escribió, además, algunos apuntes, notas y reflexiones que, junto a las mil quinientas páginas de un diario íntimo (llevado desde los veinte años hasta su muerte a los cincuenta y tres) aún se mantienen inéditos. Una de esas notas muestra claramente el humor y el cinismo del autor en referencia a los pagos de derechos de autor de *La ribera*: "Ayer, Jacobo (Muchnik, su editor) me ha dejado mil pesos. ¡Qué importantes son mil pesos! Con sólo pensar que en el bolsillo del despatarrado pantalón que trepaba sobre la silla se escondía ese billete de mil pesos, mi amor fue más puro y más sereno. Tú dijiste: 'Cuando me amas así, me resulta portentosa la vida'. Sí. La vida y los mil pesos".

En 1957, apareció *Los que se van*; en 1963, *Otros sainetes contemporáneos*, que le valió ser destacado como el mejor autor del año por la Asociación de Críticos Teatrales de Buenos Aires, y en 1965, *Los aparatos* y *Sainetes contemporáneos*. En 1968, publicó su última novela, *El agua*, quizás la obra más conocida de Wernicke. *Cuentos*, una antología preparada por el mismo autor y aparecida ese mismo año, fue fruto de la labor de Ricardo Piglia. El autor de *Respiración artificial* recordó que "en 1968 yo trabajaba como director literario de la editorial Tiempo Contemporáneo y decidí publicar dos libros: los cuentos de Wernicke y una antología de relatos de Norman Mailer. Eso no significaba un rescate de la obra de Enrique, sino la real valoración de uno de los escritores más brillantes de nuestra narrativa, alguien que estaba a la misma altura creativa que cualquier escritor mundialmente consagrado. Mi admiración por él es obvia".

Póstumamente se le otorgó la mención correspondiente a la imaginación en prosa del Premio Nacional de Literatura a la Producción 1966-1968 por *El agua* y *Cuentos*. Quedan inéditos aún sus diarios, agrupados bajo el nombre de *Melpómene*, tres obras de teatro infantiles, una farsa en tres actos, varias piezas de teatro breve, cuentos, poemas y guiones de este escritor casi desconocido pero que cosechó, a través de la solvencia y originalidad de sus quince libros, la estima y el respeto de muchos escritores argentinos que aprendieron en Wernicke algunas de las claves del arte de contar.

"MELPOMENE", LOS DIARIOS DEL ESCRITOR

MIENTRAS PUEDA ESCRIBIR

E.W.

28 de junio de 1947

Es posible que mis cuentos sean, en última instancia, "lo que me sale". Es así. Ahora, necesito ser escritor, sentirme escritor para vivir. ¿Por qué? Porque ya he construido toda una vida sobre esa base. Esto parece poco honrado. Debería ser capaz de rever una decisión, corregir un error. Pero es que, en el fondo, no me creo errado. Creo que yo encierro algo digno de escribirse. Pero eso sólo "saldrá" si los vientos me ayudan. Sé que tengo voluntad débil, sé que mi mundo es reducido, sé que mi escala de notas es muy pequeña. Y sin embargo, pese a todo, algo puede salir. (¿Me estaré macaneando nuevamente?) No. No estoy equivocado con mis gustos. Sé cómo sería el libro que me gustaría escribir. Pero es indudable que, aparentemente, mis gustos contradicen mi ideología. O será que no, que profundamente, en lo más hondo de mí, están de acuerdo.

25 de setiembre de 1950

Creo que no escribo más por culpa del vino. Mis noches solitarias terminan muy pronto durmiendo. Y las otras, en cualquier amor. Sigo participando cuatro mujeres, con la misma arrogancia sexual de un muchachito. Hago el amor con angostas y mullidas. Y me satisfago. Como si no fuera más que derribar el pito. Para luego dormir. Y poder por la mañana trabajar en la fábrica.

12 de enero de 1952

En el boliche (...) pensaba con arrobamiento en esta maquinita. Y me decía: no me mato mientras pueda escribir.

16 de diciembre de 1953

Sigo trabajosamente con *La ribera*. Me descorazono, vacilo, etcétera. Pero sigo como puedo. Vamos a ver. Llegamos a mediados de mes y aún me falta mucho. ¡Fuerza! (...) Me asusta un poco el camino. Dentro de algunos años nadie se acordará de mí. Paria en una pieza. El asunto es escribir. Mi único enlace con el mundo. Mis libros serán mi familia en el futuro. Mis nietos, los lectores de mis libros. Mis amigos, los amigos de mis libros.

3 de junio de 1955

Mi diario es uno de los documentos más monstruosos que he leído en mi vida. El personaje que surge de sus páginas (yo) revuelve la sangre de cualquiera. Su cinismo, sus ambiciones, los mismos sufrimientos que lo retuercen dan náuseas. Pero me alegra dejarlo escrito. Me tranquiliza la conciencia saber que este diario me hace justicia y me justifica ante mí mismo saber que, cuando se lea, nadie podrá seguir hablando de mí como de un ser puro, lírico y despreocupado. El retrato de un cerdo. También los chanchos lloran y sufren.

22 de octubre de 1956

Es evidente que nuestro "monoblock ideológico" se va al cuerno. Interesante, sí. Pero no para nosotros que ya gastamos una vida en un punto de vista contrario. Gran campo para el escepticismo. Y el "yo me cago". La vida vuelve a ser dura.

5 de mayo de 1957

Hoy Julio me trajo una carta de Victoria Ocampo. La Peti tenía razón: *La ribera* conmueve a los oligarcones. Pero los oligarcones me conmueven a mí.

6 de abril de 1960

Ahora, ya estoy borracho. He escrito. No puedo anotar el placer que he sentido. Soy, me enternezco, me trampeo tal vez, pero soy feliz. ¡La gran puta! Hacía más de un año que no me encontraba. Y todo por no beber. Quede la lección. Quede la confesión.

17 de agosto de 1961

Creo que me ha sucedido algo que yo mucho temía cuando era muchacho: he desvinculado mis necesidades vitales de mis libros. Como y vivo sin escribir. Por otra parte, un escepticismo cada día más acentuado ha reducido mis ambiciones. Ya no lucho por llegar a Cuba o a China. Y estoy empacado en la actitud de "vénganme a buscar". *31 de noviembre de 1962*

0.30 de la mañana. Ligeramente borracho. Triste. Preocupado con mi salud. Sin camino. Sin ganas de escribir. Considerando que todo se va a la mierda. Con la absoluta seguridad de tener un cáncer. Y de que me queda poco. Decrépito. Absoluto. Finado. Con un asombro extraordinario de que así termine la vida. Mirando los árboles (hoy llegó un tordo). Absurdo. Dolorido, espantado. Lleno de sueños, de fantasmas y gargajos. Preguntándome, cotidianamente, qué será de mi vida. No la mía. La de Rosi y María. No creo en un carajo. Desespero del hombre. Y yo hice hijos. Borracho. Es interesante el proceso de ablandamiento de un hombre. (...) Me pregunto ahora, sinceramente: la muerte, ¿será mucho peor?

12 de agosto de 1966

Me pregunto qué haré con mi osamenta dentro de un mes. El suicidio me ronda, pero al pensar en María me contengo. Me pesa la familia. Creo que, de estar solo, saldría para cualquier lado. Tal vez me engaño. Bebo. No leo, no pienso. Los ojos me torturan. Sólo me place un amigote y una botella de vino. Y dejar que se vaya el tiempo. ¡Qué final más grotesco! ¡Y sin salida visible!

3 de noviembre de 1967

Con *El agua*, página 44. Y dispuesto a seguir. De salud, mal. Fumo como un estúpido. Y bebo vino a montones. Pero... creo que duro hasta terminar la novelita. Creo...

19 de enero de 1968

Tengo la idea de escribir un racconto de mi vida, deformado, por supuesto. Pero ya me doy cuenta de que es otra empresa de años. Por de pronto pensaba anotarme todos los capítulos. Y recién luego ponerme a escribir. ¿Lo haré? Nunca se sabe conmigo.

Sin fecha

El domingo pasado me escupió Dios. Pero el domingo que viene lo escupo yo.

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	1	10
2	*De amor y de sombra*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos). Con la dictadura de Pinochet en Chile como marco histórico y geográfico la autora de *La casa de los espíritus* narra el romance entre un hombre y una mujer de sectores sociales opuestos que deben luchar por vivir en un país signados por las muertes y las torturas.	–	1
3	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos). Tras una extensa carrera como periodista, la última ganadora del Martín Fierro de Oro debuta en la narrativa con esta saga de una familia de los años 40, que es al mismo tiempo un recorrido por personajes y hechos de la Argentina.	2	9
4	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos). El autor de *Más allá de la medianoche* cuenta la historia de una joven médica acusada de matar a un paciente terminal para quedarse con su herencia. Pero durante el proceso resucita un pasado lleno de ambiciones, asesinos, amantes y traidores.	3	24
5	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	4	17
6	*De cómo los turcos descubrieron América*, por Jorge Amado (Emecé, 12 pesos). El autor de *Doña Flor y sus dos maridos* vuelve al mítico clima del nordeste brasileño para contar la historia de dos amigos turcos que a comienzos de siglo emprenden una nueva vida esperando hacer negocios y terminando por protagonizar enredos.	5	8
7	*Los puentes del Madison County*, por Robert James Waller (Atlántida, 7 pesos). La historia de amor entre un fotógrafo y la mujer de un granjero que vendió cerca de cinco millones de copias sólo en Estados Unidos y que se mantuvo en la listas de best sellers del *New York Times* más de ciento quince semanas.	6	3
8	*Cuentos completos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 25 pesos). Recopilación del conjunto de la ficción breve hasta ahora publicada por el autor de *Inventario* y *La borra del café*, en una excelente edición no sólo para fanáticos.	9	9
9	*La cámara*, por John Grisham (Planeta, 19 pesos). El autor de *El informe Pelícano* plantea el estallido de una bomba en la oficina de un defensor de derechos humanos. A veintidós años del hecho, un joven abogado decide reabrir el caso, sin que se sospechen siquiera las razones de tal postura.	10	3
10	*Bajo el signo de Géminis*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 15 pesos). Flora descubre a los veintidós años que su familia le ocultó la existencia de una hermana gemela. Conocerla cambiará su vida, la embarcará en un viaje de insospechado desenlace y la enfrentará a oscuros secretos familiares.	7	6

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). Colaboradora de **Página/12** y socióloga, Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	1	8
2	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos). Con el subtítulo de *Los verdaderos secretos del poder*, este segundo volumen continúa trazando perfiles de los poderosos, esta vez Pérez Companc, Roggio, Soldati y Pescarmona.	2	14
3	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos). El autor de *Poderes* sigue escrutando los cielos de lo sobrenatural: encontró al ángel y, lejos de ponerse a discutir su sexo, analizó sobre la base de las escrituras, estudios teológicos y hasta la consulta a un angelólogo al ente alado.	3	14
4	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, Colección Espejo de la Argentina, 16 pesos). Una investigación monumental sobre los atentados a la Embajada de Israel y la AMIA. Más de ochocientos testigos y una compleja maraña de evidencias contradicen las versiones oficiales de un caso aún no resuelto por la Justicia.	4	9
5	*Historia integral de la Argentina, I*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El autor de *Soy Roca* se ha propuesto una obra colectiva que en nueve tomos explique los acontecimientos que hicieron de este país lo que es. Este es el primero de esos nueve volúmenes, subtitulado *El mundo del descubrimiento*.	6	7
6	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialista, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	7	11
7	*Los ángeles de Charlie*, por Fabián Doman y Martín Olivera (Temas de Hoy, 14 pesos). Periodistas políticos, los autores deslizan los secretos y las historias públicas de cuatro de las mujeres políticas preferidas por el presidente Carlos Menem: María Julia Alsogaray, Adelina Dalesio de Viola, Matilde de Menéndez y Claudia Bello.	5	8
8	*Usted puede sanar su vida*, por Louis Hay (Urano, 11,80 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	–	150
9	*Los dos lados del infierno*, por Vincent Bramley (Planeta, 17 pesos). El libro que dio origen a la investigación que Scotland Yard realizó en la Argentina sobre las violaciones a los derechos humanos durante la guerra de Malvinas. Los testimonios de ocho soldados argentinos contrapuestos a los de cinco soldados ingleses.	–	1
10	*Tiempo de desafíos*, por Martín Redrado (Planeta, 16 pesos). El autor ofrece salidas al sector productivo argentino, planifica la economía en base al Plan de Convertibilidad y da su opinión sobre la necesidad de una política integradora para el crecimiento del país.	–	8

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Naguib Mahfuz: **Un señor muy respetable** (Plaza & Janés, Colección Ave Fénix/Serie Mayor). El octogenario egipcio Naguib Mahfuz, premio Nobel de Literatura, víctima reciente de la intolerancia en nombre del Islam, presenta en esta novela de 1975, por primera vez traducida al castellano, su gran habilidad para trazar personajes de gran riqueza y complejidad, habitantes imaginables en la vida real. En este caso se trata del *señor respetable* del título: Uzmán Bayyumi, hombre que sacrifica todo para lograr su único fin, el poder burocrático.

Carnets///

ENSAYO

De intrigas palaciegas y revueltas militares

EL EJERCITO Y LA POLITICA EN LA ARGENTINA. 1962-1973 (2 volúmenes), por Robert Potash. Sudamericana, 1994, 316 y 492 páginas, respectivamente.

En este estudio Robert Potash continúa su saga militar en los tiempos de la contemporaneidad reciente. La tarea de investigación recorre en este caso las oposiciones y acercamientos que cada uno de los jefes del Ejército, cabeza de una facción, quiso trabar con sus camaradas de arma, con las otras fuerzas armadas y con los integrantes de una solícita elite de civiles ansiosos por encontrar una figura semejante al generalísimo Francisco Franco. Alguien capaz de sintetizar en su persona la conducción política y el control de las armas sin quitarse el uniforme.

Este deseo se vuelve explícito en la construcción del mito del hombre fuerte y se manifiesta con elocuencia en la imagen que, principalmente, Mariano Grondona quiso proyectar del general Onganía, según cuenta al ser entrevistado por Potash. El mito del hombre fuerte que-llega-a-poner-orden domina la década del sesenta y lleva sus efectos hasta la resaca de la derrota bélica. El ahora reticente candidato de un MODIN escindido emergió en los 60 como vencedor de las inagotables querellas entre azules y colorados. Y si bien los azules contaban con otras figuras con buena imagen entre sus pares, Potash sigue de cerca del ascenso de Onganía y emplea la metáfora del ajedrez para describir la prolífica red de intrigas y desplazamientos militares.



Robert Potash en una de sus visitas a la Argentina.

El autor exhibe como fuente primordial para esta etapa los recuerdos del general Benjamín Rattenbach y presenta, con indisimulado asombro a veces, el desarrollo de la "retórica hipócrita", previa al golpe del '66, de quien fuera caricaturizado como una morsa. (Y el hombre fuerte tenía tanto sentido del humor que ordenó clausurar la revista.) Otra fuente principal para el período es el diario *La Prensa*, aliado y entusiasta impulsor del golpe. En las abundantes notas al pie se revela su condición de boletín de operaciones y de proveedor de razones para explicar y sostener los movimientos castrenses.

El estudio crece con la lectura coordenada del texto y sus fuentes. De la lectura de las notas surge el testimonio de tanta conspiración. El tiempo, se dice, borra todas las heridas y los protagonistas-fuentes ofrecen su memoria para aliviar culpas, descalificar al personaje o sector rival y, más de una vez, para atravesar el texto de Potash con su posición frente a los hechos pasados. Acaso sea éste uno de los riesgos que encierra escribir una historia contando con fuentes tan ligadas a los actos, como se lee en las muchas entrevistas directas mencionadas en los dos tomos. La tarea de investigación impresiona y por momentos la tensión de la lectura reside tanto en las notas como en el texto central.

Otra sección considerable de notas es la que tiene como eje al siguiente dictador, si se descuenta lo que Potash con justeza llama "El interludio de Levingston". Allí queda expuesta la decepción del general Lanusse por el rumbo del proceso dirigido por Onganía. A partir del '66 el relato parece contagiarse de la dinámica de los hechos y recorre en detalle las pulseadas entre Perón y el nuevo hombre fuerte del Ejército. Se narran, con múltiples entradas y salidas del cuerpo principal del relato, los iniciales contactos del embajador Rojas Silveyra con Perón en Madrid, las misiones secretas del general Cornicelli, secretario de Lanusse y enigmático personaje de la época, la devolución del cadáver embalsamado de María Eva Duarte de Perón, los vaivenes de los emisarios del anciano líder, la muerte de Aramburu y las dudas sobre sus responsables e interesados y el desarrollo de las guerrillas peronistas y marxistas.

Potash abre el capítulo con un perfil de Lanusse que recuerda las descripciones canónicas de Thomas Carlyle: "Alto, erguido y de rostro severo, parecía la quintaesencia del gobernante militar, del caudillo", para luego reconstruir las transas y trenzas del Gran Acuerdo Nacional y entrar en una zona de subjetividad donde considera "que pueda haberse tratado de metas ilusorias debido a las circunstancias que prevalecían en el momento y a los obstáculos que había que enfrentar, no debiera servir para negar la sinceridad con que persiguieron sus objetivos. Si lo hubiesen logrado, la Argentina podría haberse ahorrado el caos político y económico y la violencia trágica que invadieron al país en los años que siguieron".

En este punto se diría que, atraído por la versión Lanusse de los hechos, Potash quisiera despejar, como en una ecuación, la capacidad para el caos que siempre mostraron las Fuerzas Armadas y el mismo Lanusse como su comandante en jefe, aunque en otros párrafos destaque la falta de planes claros de los sucesivos gobiernos militares. Otras veces, situada la relación de fuerzas en pugna, Potash organiza preguntas para ubicar el marco de las decisiones que, por ejemplo, Perón normalmente tomaba para desorientar y acosar a Lanusse. En este escenario de provocaciones recíprocas y esgrima verbal el autor dedica numerosas conjeturas a la probable candidatura de Lanusse, sin decidir si quiso pero no pudo o más bien todo lo contrario. Con demasiada incertidumbre también, se analiza el crimen de los guerrilleros de Trelew y, según parece, el tiempo transcurrido desde entonces no permite todavía confirmar lo obvio.

Potash conduce su historia a través de las constantes movidas palaciegas y revueltas militares pero no desconoce, en la corta temporada civil, los débiles, dignos y dramáticos intentos del presidente Arturo Illia para sostener el esquema constitucional frente a la dificultad de gobernar con un consenso parcial y presiones militares interminables y cruzadas de azules y colorados. Los azules derrotaron a los colorados y así consiguieron instalarse en el poder hasta que un teniente coronel, vinculado a los colorados y beneficiado con la protección de los vencedores, completó el círculo en 1963: Videla, que entrenaba en esos años sus pretensiones golpistas, define, con su ascenso al poder, la culminación de la



CRITICA DE LA PASION PURA, por Carlos Gurméndez. Fondo de Cultura Económica, 1994 (dos volúmenes), 290 y 370 páginas, respectivamente.

Estos dos volúmenes del filósofo mexicano Carlos Gurméndez se proponen, bajo el título algo pretencioso de *Crítica de la pasión pura*, como un recorrido por el funcionamiento de la idea de pasión y sus relaciones con el pensamiento y a su vez indaga en las posibilidades de su cumplimiento como objetivo en la vida de los hombres. Para Gurméndez, que apela a citas tan disímiles como Kant, Freud, Ortega y Gasset y Marx, la concepción de una pasión pura lleva al ser humano a conspirar contra la posibilidad de constituirse en su completud y reivindica la idea de una pasión dialéctica que unifica a todas las pasiones es el camino indicado para que el hombre encuentre su realización.

PAJAROS DEBAJO DE LA PIEL Y CERVEZA, por Araceli Otamendi. Grupo Editor Latinoamericano, 1994, 176 páginas.

Con esta novela policial, cuyas pe-

larga serie de intervenciones del Ejército en la actividad política.

El estudio concluye con un breve epílogo donde se reseñan los años siguientes y los difíciles tiempos de la restauración democrática. El académico norteamericano sostiene que "durante esos años el compromiso de los argentinos con el procedimiento democrático también fue puesto a prueba por una serie de motines o alzamientos militares, pero en ningún caso tuvieron apoyo civil". Los resultados, como siempre lo recuerdan los tiros en el poste, más de una vez esconden la proyección de un acto y no parece demasiado exagerado creer que los alzamientos militares de los últimos años no tuvieron suficiente apoyo civil. Las próximas versiones de la historia acaso puedan decidir hasta qué punto "existen buenas perspectivas entonces de que los oficiales del futuro se vean a sí mismos y a los civiles como participantes en una empresa común", como alienta con su afán aleccionador Robert Potash.

La edición de estos dos tomos se completa con una notablemente planificada y rica bibliografía y un índice alfabético que provoca un efecto semejante, junto con las fotos de las tapas, al de la lectura de los créditos de una gran superproducción. Elvio Gandolfo tradujo la obra con buen oficio.

PABLO BARI



FICCION

Fulgores entre los escombros

OLDSMOBILE 1962, por Ana Basualdo. Alfaguara, 1994, 156 páginas.

Ana Basualdo se ampara en una fórmula que conjuga escasez con belleza, brillo con eficacia. Una producción restringida, dedicada en su mayor parte al periodismo o al ensayo, a la que se suma *Oldsmobile 1962*, libro que había sido publicado en 1985, aunque poco difundido y leído, y que ahora se reedita con un cuento inédito, "El camino rojo". En estos relatos puede leerse y volver a leerse la confrontación entre el mundo de adolescentes y de adultos, las luchas por la propiedad sobre los cuerpos o los poemas, los diversos tipos de transacciones.

Un excepcional uso de los recursos narrativos atraviesa y ensambla el conjunto de los cuentos. El espacio es construido de una vez y para todos, las historias transcurren en la zona del Tigre y en los barrios cercanos a la Panamericana. Sin embargo esta especie de afinidad, de equilibrio común se transforma en un mecanismo narrativo que cada historia debe interrogar por sí misma. Las preadolescentes de "Yellow days", el narrador memorioso de su infancia en "El diario", el joven emprendedor de ideas poco comunes en "El camino rojo" deben organizar sus propios territorios, dibujarles centros, volver sobre sus límites. Por eso, en ningún caso hay espacios puros sino ideas obstinadas que deben probarse sobre ellos.

Los espacios se condensan en breves períodos de tiempo que, una vez transcurridos, deben ser reinventados. El presente es un tiempo limitado, dura el lapso de una siesta o, como en *Oldsmobile 1962*, el tiempo que un padre tarda en hacer regalos arbitrarios que desaparecen de la noche a la mañana. Así los textos trabajan sobre la materia del tiempo en su punto más descarnado, aquel que construye ese pasado como una ruina. En "El diario" el narrador recibe como herencia simbólica la historia del diario que fundaran sus abuelos: "Una ciudad de papel", un legado que el transcurso del tiempo, la presencia irreversible de la humedad y las voluntades desviadas de los sucesores no pudieron sostener.

Tiempo y espacio delimitan, marginan, mezclan y vuelven a dar otras reglas, otros juegos y nuevas pérdidas. Así las miradas adolescentes juegan con la vida y la literatura en pasajes provisorios y perturbadores.

Las niñas de "Yellow days" realizan excursiones a la hora de la siesta, beben alcohol guardado en frascos de perfumes y buscan la casa de *Amalia* mientras repiten fragmentos de la novela.

En cambio, el mundo de los adultos maniobra de manera violenta con las formas del canje y el intercambio. En "El clan" siete hermanos se asocian para compartir, ocultar y explotar a una misma mujer. En "El camino rojo" son más fuertes "el recuerdo de otros hombres" que los matorrales que hay que vencer siguiendo las ideas insensatas de los más jóvenes.

Una dedicatoria, una cita, un tío Haroldo y "la zona", el Tigre, son la forma del tributo y el homenaje al "recuerdo de otro hombre", Haroldo Conti. En este mundo de escombros, de una nostalgia aprendida desde los primeros años es difícil marcar un fulgor, porque hay varios, tantos como los poderosos rojos y amarillos que insisten en cada relato.

NORA DOMINGUEZ



Ana Basualdo en una reedición muy esperada.

POESIA

De Mansilla a la ciudad

EL GUADAL, por D. G. Helder, Libros de Tierra Firme, 1994, 70 págs.

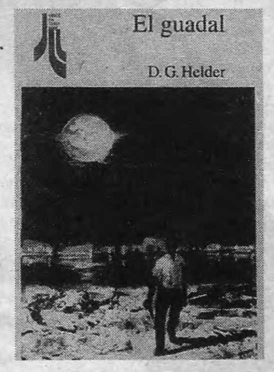
Mansilla, en *Una excursión a los indios ranqueles*, es quien habla de las penurias del caballo que cae en el *guadal*, esa especie de lodazal que suele ser húmedo y suele ser seco, pantanoso o pegajoso, o simplemente arenoso y que se formaba a los lados de la *rastrillada* o huella que dejaban los indios en sus idas y venidas constantes por la pampa." La nota al verso número nueve de *El corralón de Bolívar y Uspallata*, uno de los poemas que integra *El guadal*, de Daniel García Helder, no opera tanto como una explicación del título sino que alude primordialmente a un complejo conjunto de imágenes elaboradas a partir de una pasión estetizante frente a la ineludible presencia –y presencia es tal vez la definición más acabada de lo que estos textos significan– de escenarios signados por lo desagradable, cruel o prosaico.

En este riesgoso ángulo, un vértice o vórtice, los poemas se leen en el descanso que produce lo ya visto/oído –eufonía, regularidades rítmicas, remitencias a la tradición poética, tal vez enfáticamente a la del Modernismo hispanoamericano– en abierto contraste con lo que se muestra: basura, despojos, ratas, cemento, barro, fierros, criminales. De allí surge una sucesión de figuras, una coreografía, que al mismo tiempo apela al simulacro de un registro inmediato y a una atmósfera clásica en la cadencia de los versos: "Asfalto clavos cerámicos canto rodado tejas/ hierros piedra partida arena cascote yeso cal/ cemento alambre leca baldosa ladrillo lasca/ y todo lo necesario para la construcción". Pero además existe una dimensión que acerca la narración al lirismo sin afincarse en la anécdota y que se deshace de los previsibles componentes de uno y otro discurso, es decir, de la banal enumeración de los referentes, del poema concebido como variación simple de la prosa, o del poema visto como sublimación de experiencias –llámense espirituales, corporales o metafísicas–, por ejemplo en "Cerámica Verbano y alrededores".

Esa estrategia permite conjuntamente la percepción y la reflexión de y sobre los objetos, personajes o situaciones que se imponen a la mirada. Poco sería sin embargo, en una propuesta poética seria, como la que aquí se logra, tener como finalidad tales objetivos. Lo importante es que el montaje y la ilación y fuerza de las imágenes enlazadas ("el agua bofe", por ejemplo) se materializan por la infranqueable –impiadosa– unidad dada por la fuerza rítmica que estructura el poema entero en un movimiento graficable, que asocia y arma juntando "de la gama de lo inútil lo más pesado". En el despliegue de la gama tienen cabida también –peso e inutilidad– un verso de Horacio o el Cancionero de Baena, citados en las notas finales. Las cuales, lejos de cualquier intento de aclaración, más bien, intensifican, en el espesor temporal y en la contundencia expresiva, la huella de lo escrito. En esa realidad total, los materiales se homologan en su condición de tales, de elementos significantes. En este sentido no podría hablarse de una estética de lo feo traspuesta en matriz eufónica y regular, sino de la connivencia de lo real en sus diversas facetas –horrible, bello, cómico, trágico– en breves escenas que lo nombran, a medias.

Si esta escritura exhibe una especial sensibilidad acerca de lo circundante y se empeña en detenerse, morosa y artísticamente, en la mostración de ciertos objetos, ciertos instantes, en lo que de terribles tienen, podría hablarse de una nueva inflexión de otra tradición no citada, pero presente por ausencia, la de la poesía social. Lejos de su retórica, si se considera este aspecto, no sólo se trataría de la preocupación del autor respecto del mundo contemporáneo sino, mucho más, de la propuesta de una necesaria reptura a partir de la cual es posiblehoy escribir, lejos de Mansilla, lejos de las frases hechas, el guadal, todos los terrenos movedizos.

SUSANA CELLA



PERSIANA AMERICANA

ripecias se inician en Buenos Aires, siguen en Alemania y culminan en un viaje en avión entre ambos lugares, Araceli Otamendi, nacida en Quilmes en 1955, obtuvo el premio Edenor a escritores nóveles otorgado por un jurado compuesto por Josefina Delgado, María Esther de Miguel y Luis Gregorich, quien además prologó la edición. La novela tiene ritmo, aunque a veces se pierda en juegos de citas y remisiones, y puede leerse de una sentada. Es mejor la situación que los personajes que necesitarían un trabajo más profundo que atendiera menos a un humor no siempre efectivo. Un promisorio debut que permite prever un futuro donde predominen las luces.

PAPELES QUE FUERON VIDA, por Alvaro Cunqueiro. Tusquets, 1994, 282 páginas.

Este volumen reúne una serie de artículos publicados en varios periódicos españoles por el novelista gallego Alvaro Cunqueiro entre 1973 y 1975. En ellos hay un tono ligero, aunque no despreocupado, que proponen un ameno recorrido por la literatura universal. Entre los personajes de este mapa personal que fue escribiendo Cunqueiro se encuentran Chauteaubriand, Barthe, obviamente Rosalía de Castro, Robert Graves, el Quijote, Chaucer y Sylvia Plath en una grata mezcla de contemporáneos y clásicos. A pesar de ciertas condescendencias habituales en la crítica española con sus peores exponentes (léase Pío Baroja), el libro de Cunqueiro es una buena muestra de cómo la crítica puede ser un ejercicio agradable de lectura tanto para quien la ejerce como para quien la lee.

EL NUEVO MODELO, por Rodolfo Terragno. Colección Futuro, 1995, 326 páginas.

Esta recopilación de notas escritas por el periodista, diputado y candidato radical, aparecidas en la revista *Noticias* desde 1992, se propone, en una prosa amena y llena de destreza informativa, analizar la realidad nacional dentro del estilo de quien fuera conocido como el "ministro modernizador" de Alfonsín. Plenas de sentido común y de voluntarismo –a pesar de que en algún lugar se afirme lo contrario– estas reflexiones de Terragno son una suerte de elogio de la evidencia: la que provee la información, la sensatez y la buena voluntad, aquello que ha definido su estilo de ingresar a la política argentina desde un lugar diferente y que no le ha augurado demasiado éxito a juzgar por los resultados. Lo que propone Terragno no alcanza para hacer política en la Argentina y que el periodismo no parece ser, en este sentido, el atajo más adecuado.

SOLILOQUIOS DE UN CAMINANTE, por José Luis de Imaz. Sudamericana, 1994, 208 páginas.

Este libro del sociólogo argentino José Luis de Imaz –autor de *Los que mandan*, su obra más famosa, y *Nosotros mañana*, entre otros tantos libros– comienza con una contradicción. Luego de reflexionar que en nuestro país son muchos los temas dejados de lado, define el sentido de su libro: "Estos soliloquios pretenden ser un sucedáneo del diálogo inexistente". Imaz no resuelve este dilema, dispuesto como está, a escribir en *Soliloquios* un libro de memorias, pleno de reflexiones personales que van de una serie de episodios en torno del Beagle donde la presencia del general Menéndez queda ahogada en una ambigüedad innecesaria, su formación personal, los años del Proceso y el rol de los sociólogos.

LAURA TABOADA

UN MEA CULPA

El 14 de febrero de 1895, al estrenarse “La importancia de llamarse Ernesto”, Oscar Wilde recibió un ramo de coliflores, escarnio previo a su caída, encarcelamiento y posterior exilio. Un siglo más tarde, la sociedad británica reconoció la injusticia cometida tanto contra el hombre como contra el escritor al incluirlo en el Rincón de los Poetas de la Abadía de Westminster, en un acto al que asistieron representantes del gobierno, la corona y el mundo intelectual.

GABRIELA CERRUTI,
desde Londres

Oscar Holland Wilde tiene trece años, el cabello largo y rubio, apenas ondulado, y los ojos color almendra. Las manos blanquísimas, salpicadas de pecas, juegan con la solapa de un saco que le queda demasiado grande y lo hace aparecer aún más vulnerable. Cuando el órgano de la Abadía de Westminster comienza el Primer Movimiento de la Sonata Nº 3 de Felix Mendelssohn, a las seis de la tarde del 14 de febrero de 1995, Oscar cruza el altar y deja un ramo de flores blancas al pie de la Ventana Este donde desde hace unos minutos brilla, iluminado por las velas recién encendidas y por la lluvia que golpea desde afuera, el nombre de su bisabuelo. “Oscar Wilde (1854-1900)”. Exactamente cien años después de que el marqués de Queensberry dejara un bouquet de coliflores en la puerta del teatro Saint James, donde estaba estrenándose *The Importance of Being Earnest*, noche que marcó a la vez la consagración definitiva del genio literario de Wilde y el inicio del juicio que lo llevaría a la prisión, el exilio, la pobreza y la muerte, cuatro años más tarde.

El monumento a Oscar Wilde se levanta ahora en el centro del Poets' Corner (el Rincón de los Poetas), una de las más famosas galerías de la Abadía de Westminster, dedicada a honrar la memoria de poetas y escritores, muchos de los cuales están enterrados allí mismo. La Ventana Este en la que se instaló el Memorial preside un ala ocupada por las tumbas de T.S. Elliot, Lewis Carroll, Henry James y Lord Byron; frente al monumento a William Shakespeare, vecino de Charles Dickens y de William Blake. Desde que William The Conqueror fue coronado en la capilla principal, pertenecer a la Abadía de Westminster (sea por bautismo, casamiento, coronación o entierro) es haber ingresado a la historia oficial del Imperio Británico.





En el caso de Wilde fue, además, un tardío acto de contricción de la sociedad británica. Un acto de contricción que los descendientes del escritor irlandés no están demasiado dispuestos a aceptar: “Mi abuelo escribió que ‘Arrepentirse es querer modificar el pasado’”, recuerda su nieto Merlin Holland. “Lo hecho, hecho está. Podemos reconciliarnos, perdonar. Pero las culpas no se borran. La memoria es parte de la reconciliación.”

Merlin es el hijo de Vyvyan, el menor de los hijos de Oscar, que fue obligado a cambiar su apellido y conminado a olvidar completamente a su padre. Vyvyan y su hermano Cyril nunca volvieron a ver a Oscar Wilde desde el día en que fue llevado a los tribunales, a pesar de las cartas que éste envió desde la prisión de Holloway primero y desde París después. La familia de su esposa Constance se dedicó pacientemente a intentar borrar todo trazo de su memoria en los niños: todos sus libros fueron encuadernados en tapas de cuero con la leyenda “C.C. 3”, su identificación en Holloway, y las cartas que les enviaba para que leyeran después de su mayoría de edad terminaron indefectiblemente en el fuego.

Caracterizado como Salomé

Cyril, a quien todas las biografías señalan como “el preferido” de Wilde –y así su padre lo menciona en sus cartas, donde lo llama “mi amigo, además de mi hijo”– se convirtió en su antítesis. Cuando terminó el liceo ingresó a la Royal Military Academy y se volvió un “duro”: el primero en los deportes y las acciones de riesgo. En una de las pocas cartas que le envió a Vyvyan siendo adolescentes decía: “No habrá en mí nada de artista decadente, de esteta afeminado (...) No soy ni salvaje, ni apasionado, ni irresponsable, ni heroico (...) Vivo por mi pensamiento y no por mis emociones”. El 9 de mayo de 1915, cuando tenía veintiocho años, murió en una calle de París tras batirse a duelo con un soldado alemán.

“Mi abuelo escribió que arrepentirse es querer modificar el pasado’, recuerda Merlin Holland. ‘Lo hecho, hecho está. Podemos reconciliarnos, perdonar. Pero las culpas no se borran. La memoria es parte de la reconciliación’.”

Vyvyan, en cambio, se dedicó pacientemente a recuperar la memoria de su padre en contra de todos los mandatos familiares, hasta que finalmente en 1954 publicó *The Son of Oscar Wilde*, asumiendo públicamente su verdadera identidad y rompiendo con los tabúes impuestos por su madre. Merlin, bautizado así en honor a las historias de hadas y magos que Oscar solía contarles a sus hijos, llevó la batalla más lejos: “No se trata sólo de que tengan que aceptarlo irremediablemente por su genio literario. Se trata de admitir que todas las razones por las que peleó eran justas, y que una sociedad entera –intelectuales, periodistas, gobernantes– fue cómplice de lo que pasó”, explicaba el martes al finalizar la ceremonia en Westminster Abbey.

LAS CAUSAS DE WILDE, LAS CAUSAS DE HOY. La inclusión en el Poets' Corner fue precedida de años de discusión, precisamente sobre estos puntos. ¿Quién podía negar los méritos literarios que lo hacían merecedor de un lugar allí? ¿Quién podría hoy, en la liberal sociedad británica, imponer como excusa su homosexualidad o los supuestos escándalos que lo rodearon? Pero de que esto *no fuera un impedimento* a que *fuera la razón* por la cual debía ser honrado había un trecho demasiado largo a recorrer. Todo pareció saldado el martes, cuando en medio del servicio religioso en el que se consagró la Ventana Este, el escritor Seamus Heaney dejó en claro que “en el nombre y la persona de Wilde no hay nada excepto genio. No sólo genio literario sino también genio para clarificar las causas por las que había que luchar cien años atrás, y que son hoy también nuestras causas. El derecho a la identidad nacional sea uno irlandés o británico, el derecho a la libertad sexual sea uno homosexual o heterosexual, el derecho –en fin– a vivir de acuerdo con la naturaleza humana, en una sociedad regida por la tolerancia y el respeto a la diversidad”.

Todavía más formalmente, el reverendo Paul Ferguson, rector de la Abadía, dirigió las plegarias de la ofrenda agradeciendo a Dios “la herencia literaria que disfrutamos, pero especialmente el trabajo de Oscar Wilde”. Arrodillado sobre el altar mayor, Ferguson rezó: “Permítenos, Señor, recordar las causas que fueron cercanas al corazón de Oscar Wilde: su sentido de la justicia social, su campaña por la igualdad de la mujer en la educación y la profesión, su pasión por la integridad y su odio por la hipocresía”. Entonces los niños del Coro Real cantaron un fragmento de *De Profundis*, luego de que John Gielgud, uno de los más respetados actores británicos, leyera a su vez fragmentos del famoso texto. La larga carta que Wilde envió desde prisión a su amante, Alfred Douglas (Bossie), comienza diciendo que “la verdad nunca es pura y raramente es simple”. Allí Wilde sostiene: “Yo alteré las mentes de los hombres y los colores de las cosas. No hubo nada que yo dijera o hiciera que no hiciera a la gente cuestionarse. Yo logré mostrar que lo falso y lo verdadero son sólo formas de la existencia intelectual”.

Las cartillas con el programa oficial del servicio religioso, repartidas por la oficina de prensa del Episcopado, llevaban como membrete una frase de la *Filosofía para jóvenes*: “Wickedness is a myth invented by good people to account for the curious attractiveness of others” (La iniquidad es un mito inventado por la gente buena para explicar la curiosa atracción que ejercen los otros). Los periodistas británicos se preguntaban si alguien hubiera podido imaginar esto cien años atrás, y yo me preguntaba si alguien podría imaginar esto en el país de mon-

TARDIO

señor Antonio Quarracino.

Entre los casi trescientos invitados a la ceremonia, además de los representantes del gobierno –británico e irlandés–, la corona y el mundo intelectual y literario de Londres se ubicaron los líderes de la comunidad gay, que han hecho de Wilde una bandera de lucha. El americano Gary Schmidgall llega a plantear en su biografía *The Stranger Wilde* (Abacus, 1994) que la razón por la cual Wilde no huyó de Londres, como le proponían todos sus amigos, y decidió quedarse a enfrentar el juicio y la posibilidad, casi certeza por entonces, de la prisión, fue su voluntad de que "el *sexo intermedio*, como lo llamaban en esa época, existiera de repente en la era victoriana, cuando hasta entonces no se permitía hablar de él públicamente".

"EL AMOR QUE NO SE ATREVE A DECIR SU NOMBRE." Según Schmidgall, "el juicio fue, como muchos han afirmado ya, un evento definitivo en el inicio de la formación de movimientos por los derechos de los homosexuales. ¿Pudo haber estado en la mente de Oscar Wilde convertirse en una causa célebre para ese movimiento?". Fuera así o no, lo cierto es que su famoso discurso en el primer día del tribunal, reivindicando "ese efecto tan incomprendido que podría describirse como 'el amor que no se atreve a decir su nombre'", es cita ineludible en la bibliografía gay.

Ni los representantes de la comunidad gay ni el actual marqués de Queensberry, sentado fraternalmente junto a Merlin Holland en el signo más visible de la reconciliación, fueron mencionados durante la ceremonia. El reverendo Ferguson prefirió, en cambio, recordar a "uno de los pocos amigos que permaneció fiel a Wilde, el que le dio una taza de café el día que salió de su casa, el reverendo Stewart Headlman. Sea éste también un acto de agradecimiento a esa mano amiga". Fue, en definitiva, un acto de reconciliación interno. Headlman fue expulsado de su vicaría en el East End de Londres cuando decidió colaborar para pagar la fianza de la cárcel de Wilde; sus pupilos dejaron de asistir a sus clases y hasta su mucama prefirió mudarse a una "casa decente". La madrugada del 19 de mayo de 1897, cuando fue a buscar a Wilde a la cárcel y lo llevó a 31 Upper Bedford Place, su mansión en Bloosmery, ya no era más un miembro oficial de la Iglesia.

La cuestión religiosa no fue un punto a discutir cuando se decidió dar un lugar a Wilde en Westminster Abbey. Formalmente católico –tanto por ser irlandés como porque, decía, "entre los protestantes sólo hay lugar para hombres respetables; entre los católicos, en cambio, entramos justos y pecadores"– nunca hizo de la religión un tema, ni para atacarla ni para defenderla. Su "conversión", minutos antes de morir, tuvo el sello de humor que distinguió toda su vida. Preocupado porque su amigo moriría sin la extremaunción, Robert Ross llegó hasta la habitación del hotel de París en la cual se encontraba Wilde desfalleciente, acompañado de un sacerdote. Después de varios intentos por sonsacarle alguna palabra, el religioso se negó a darle el sacramento porque, exigió, "es necesario tener al menos un signo de conciencia de parte del enfermo". Entonces Ross, que sabía que Oscar pasaría seguramente a la posteridad como uno de los fumadores más empedernidos de su época, encendió un cigarrillo. Wilde lo tomó entre sus dedos en un fallido intento por acercarlo a sus labios. El sacerdote se sintió conforme y comenzó con las oraciones.

El momento de la ceremonia en Westminster Abbey que arrancó más aplausos y risas a la vez fue la representación de una escena de *The Importance of Being Earnest* (traducido en castellano como *La importancia de llamarse Ernesto* o *de ser honesto*, aunque para el diccionario Collins las acepciones correctas de *earnest* serían "formal o serio").



Oscar Wilde en 1882.

> **"El famoso discurso de Wilde en el primer día del tribunal reivindicando 'ese efecto tan incomprendido que podría describirse como el amor que no se atreve a decir su nombre' es cita ineludible en la bibliografía gay."**

Cuando fue estrenada en el teatro Saint James, *The New York Times*, ajeno a las internas del establishment victoriano, la celebró como la consagración definitiva de Wilde: "Oscar Wilde puede decir que finalmente, y con un solo golpe ha aplastado a sus enemigos". *The Daily Telegraph*, editado por Edward Lawson –que estaba trabajando pacientemente su ingreso a la nobleza, conseguido finalmente en 1903 bajo el nombre de lord Burnham– se dedicó, en cambio, a criticar una flor de cristal verde que Wilde lucía en su ojal como "prueba del culto peor que pornográfico de Wilde por la pseudodecadencia helénica" y sostuvo que la obra, "como todo lo que viene de Wilde, es mala pero será exitosa".

El miércoles pasado, *The Daily Telegraph* fue el único de los diarios británicos que le dedicó apenas unas líneas a la ceremonia en la Abadía de Westminster con un tono formal y meramente informativo, mientras el resto de la prensa cubrió páginas y horas de televisión con las implicancias y consecuencias del homenaje.

Dame Judy y Michael Dennison fueron los encargados de representar cuadros de *The Importance of Being Earnest* durante la ceremonia. La obra ha pasado a ser un clásico del teatro londinense porque nunca, desde que fue estrenada cien años atrás, estuvo fuera de escena y es casi un paso obligado para todo aspirante a actor o a actriz.

Algernon: Ojalá mañana sea un buen día, Lane.

Lane: Nunca es un buen día, señor.

Algernon: Lane, usted es un perfecto pesimista.

Lane: Sólo me esfuerzo por complacerlo, señor.

Como sucede con la mayoría de los clásicos, frases de la obra son citadas habitualmente como parte del vocabulario cotidiano sin que nadie recuerde ya su origen: "Perder un padre puede ser una desgracia, pero perder dos ya es negligencia".



Oscar Wilde con su amante Alfred Douglas (Bossie), 1893.

LOS DEBERES LITERARIOS DEL PADRE. Fue el único momento de la ceremonia en que Oscar Holland Wilde, el hijo de Merlin y nieto del escritor, sonrió. El resto del tiempo miró el piso, serio, enojado, lloroso. Su abuelo Vyvyan recordaba en *The Son of Oscar Wilde*: "Quizá nosotros amábamos a nuestro padre por las mismas razones por las que lo condenaron. Los padres en esa época solían ser formales, imponer respeto y distancia. Papá se la pasaba en cuatro patas en el piso, cuando no era el lobo era el león, o el caballo, o el perro... Hasta que llegaba la noche y se ponía a contarnos historias". Las historias que les contaba a sus hijos –"Todo padre tiene el deber de inventar cuentos de hadas para sus hijos", le escribió a un amigo– terminaron siendo clásicos infantiles. "Un día empezó a contarnos un cuento de un gigante, y en la mitad se puso a llorar. Cuando le pregunté por qué lloraba, me dijo: 'Ojalá siempre las cosas bellas te hagan llorar'", recuerda Vyvyan. El cuento era "The selfish giant" (El gigante egoísta). El 24 de abril de 1895, cuando dictaron su condena a prisión, el Estado ordenó rematar todos los bienes de su casa en Tite Street para pagar los gastos del juicio. En el remate se vendieron todos sus libros, unos dos mil volúmenes, y "una impresionante cantidad de juguetes". Merlin Holland asegura que él le está enseñando a su hijo lo que su padre aprendió de Oscar: "Que es imposible esconder la cabeza y ser feliz al mismo tiempo, que es mejor navegar debajo de los colores de uno mismo y enfrentar lo que venga con resolución y valentía".

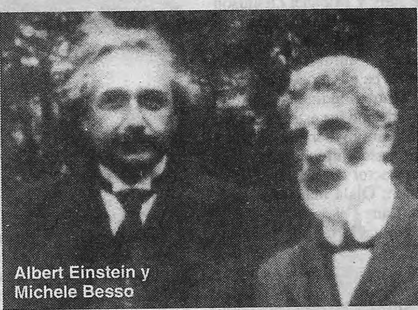
"Leyendo y releyendo, a lo largo de los años, a Wilde, noto un hecho que sus panegiristas no parecen haber sospechado siquiera: el hecho comprobable y elemental de que Wilde tenía, casi siempre, razón", escribió Jorge Luis Borges. De algo de eso pareció tratarse la ceremonia del martes. Quizá porque, como sostiene Richard Elmann en el último párrafo de su biografía del autor, "Oscar pertenece más a nuestro mundo que al victoriano". Un mea culpa tardío, en la queja de Merlin Holland, pero para nada intrascendente tratándose de alguien que en 1891 escribió: "El pasado no tiene importancia. El presente no tiene importancia. Es con el futuro con el que tenemos que entendernos (...) El futuro es lo que somos los artistas".

LA CORRESPONDENCIA ENTRE ALBERT EINSTEIN Y MICHELE BESSO

FISICA POR CORREO

Arriba, la ecuación de la relatividad, de puño y letra de Einstein (en la foto).

Albert Einstein mantuvo durante cincuenta y dos años una constante correspondencia con su colega y mejor amigo Michele Besso. Tusquets distribuirá en marzo estas cartas –aquí anticipadas– que permiten un acercamiento a los progresos, las dudas y las peripecias personales del científico más famoso del siglo XX.


Albert Einstein y Michele Besso

EL METODO

Berlín, 28 de agosto de 1918

Querido Michele:

Releyendo tu última carta, encuentro en ella algo que francamente me irrita: que la especulación se haya mostrado superior a la experiencia. Haces alusión con ello a la evolución de la teoría de la relatividad. Yo creo, sin embargo, que esta evolución nos enseña otra cosa, que es casi lo contrario de tu afirmación, a saber: que una teoría, para inspirar confianza, ha de estar construida sobre hechos susceptibles de generalización. Ejemplos antiguos: Principios fundamentales de la termodinámica, sobre imposibilidad de *perpetuum mobile*. Mecánica, sobre la ley de inercia comprobada experimentalmente (1). Relatividad restringida, sobre la constancia de la velocidad de la luz. Ecuaciones de Maxwell para el vacío, las cuales descansan a su vez sobre bases empíricas. Relatividad respecto a traslación uniforme es hecho experimental. Relatividad general: igualdad de las masas inerte y gravitatoria.

Nunca se ha encontrado una teoría verdaderamente útil y profunda por un método únicamente especulativo. Donde más propiamente ha ocurrido esto es en la hipótesis maxwelliana de la corriente de desplazamiento. Pero se trataba así de justificar el hecho de la propagación de la luz (y los circuitos de corriente abiertos).

Con un cordial saludo, tu Albert

(1) Teoría cinética de los gases, sobre la equivalencia entre calor y energía mecánica (incluso históricamente).

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

Berna, 24.IX.1922

Querido Albert:

Nada sé de tu itinerario; puede que estas líneas te lleguen todavía en Berlín, y te transmitirán entonces mis buenos deseos para tu largo viaje (1). Si todo va bien, estos dos viajes por mar de seis semanas cada uno serán para ti agradables períodos de reposo, de los que deseo disfrutes plenamente.

Las últimas noticias referentes a ti me llegan a través de mi primo Arrigo Cantoni, a quien tu amigable acogida ha complacido mucho. Pero de ti en persona, hace mucho tiempo que no me ha llegado nada; sin duda no has recibido mis dos últimas cartas a menos que no hayas pensado por su contenido que yo habría podido comprender por mí mismo la conveniencia de dejarte tranquilo con mis preguntas ajenas a tu campo de actividad.

Referente a la bien conocida paradoja (excluyendo la hipótesis fundamental de la relatividad restringida) según la cual, para un observador que se alejara de nosotros y volviese después con una velocidadpróxima a la de la luz, nuestros relojes habrían estado casi quietos, como para nosotros los suyos. Vero ha planteado la pregunta de saber qué pasaría para un observador que se dirigiera hacia nosotros a una velocidad cercana a la de la luz y que diera la vuelta al universo esférico: "Para él, nosotros deberíamos también envejecer poco durante este viaje circular en que él no envejece para nosotros". Esta paradoja es análoga a la que ya te he expuesto de dos anillos animados, uno hacia el otro, de un movimiento rectilíneo, paradoja que se resuelve de la misma manera, sin embargo, me parece interesante, desde el punto de vista pedagógico, proponérsela para una reflexión profunda a un principiante suficientemente espabilado. (Todo ocurre como si la verdadera distribución de las masas, que proporciona para uno de los observadores un universo esférico, condujera al otro a un universo que no lo es. Pero ¿de qué tipo es?)

Afectuosos saludos y buen viaje; y si estas líneas no te alcanzan hasta la sede de los adoradores de la flor de cerezo, ojalá te sirva de bienvenida.

En nombre de todos nosotros, tu Michele

(1) E. y su esposa Elsa marcharán de Berlín a comienzos de octubre y embarcarán en Marsella el 8 con destino al Japón.

LA POLITICA

Princeton, 21 de abril de 1946

Querido Michele:

El remordimiento de conciencia que me produce mi largo silencio es casi insoportable. Eso proviene sencillamente de que el demonio de la investigación no me deja ni un minuto de libertad, lo que hace que esté perdiendo mis últimos dientes ensañándome con dificultades matemáticas. El artículo que me has enviado es un resumen bastante fiel de la declaración que he hecho ante la comisión de Palestina en Washington.

Si pudieras imaginarte la perfidia que despliegan los ingleses para llegar a aplicar su viejo y experimentado principio *divide et impera*, te habrías sorprendido menos por la rudeza de mi ataque de lo que al parecer has hecho. Mi declaración se basa en informaciones completamente seguras, y era todavía más precisa de lo que da a entender el artículo.

Si ves alguna vez mi nombre mezclado en asuntos políticos, no creas que consagro mucho tiempo a tales cuestiones, pues sería triste malgastar las fuerzas de uno en el suelo árido de la política. Pero a veces llega un momento en que uno no puede hacer otra cosa, por ejemplo cuando se trata de explicar al público la necesidad de crear un gobierno mundial, sin el cual toda nuestra orgullosa superioridad humana desaparecerá en pocos años. No queda gran cosa del respeto que se ha tenido en la juventud, hasta cierto punto, respecto de los poderosos y responsables. El famoso adagio de Oxenstierna –"No puedes imaginar, hijo mío, con qué mínima dosis de prudencia se rige el mundo"–, junto al de Hegel –"Lo que podemos aprender de la historia es que los pueblos no aprenden nada de la historia"– expresan de manera exahustiva y adecuada el estado de las cosas actuales y de los tiempos venideros.

Maja se prepara a regresar, ahora que nosotros hemos leído juntos a Heródoto, Aristóteles, la historia de la filosofía de Russell y bastantes otros libros interesantes. Mi salud es satisfactoria, si bien el viejo baúl muestra ya de modo evidente que está a punto de dislocarse por completo, como lo manda su edad.

Saludos cordiales de tu Albert

EL FIN DE LA VIDA

Princeton, 17 de julio de 1952

Querido Michele:

Os estoy muy agradecido a ti y los tuyos por haberme comunicado telegráficamente la triste noticia (1). Nos ha dejado un hombre verdaderamente original, que siguió siempre su camino solo y que nunca se dejó impresionar por nadie. Sus cuadros tienen algo de conmovedor en su rudeza. Sólo he tenido un conocimiento superficial de sus estudios históricos, por pasajes ocasionales en sus cartas. Le debo mi reconocimiento por la afectuosa perseverancia con que escribía regularmente a mi hermana en el curso de sus años de sufrimiento, sabiendo que no la vería más. Esto no era una tarea fácil, y tanto menos cuanto que, durante el último año de su vida, mi hermana ya no estaba en condiciones de responderle.

Pese a todo, es hermoso que nuestra vida individual tenga un final con todos sus problemas y esfuerzos. El instinto rechaza esta solución y la razón da su conformidad. ¡Los que han inventado la creencia en una vida individual después de la muerte han debido ser gentes miserables!

Es una circunstancia dichosa que Paul haya pasado sus últimas semanas con vosotros; así habréis podido facilitarle el duro camino.

Cordiales saludos a todos vosotros.

Tu Albert

(1) Paul Winteler, el marido de Maja Einstein, acaba de morir en casa de los Besso a la edad de 70 años. Su esposa había muerto el 25 de junio de 1951 en Princeton.

EL FUTURO

Princeton, 21 de marzo de 1955

Querido Vero y querida señora Bice (1):

Ha sido verdaderamente muy amable por su parte darme, en estos días tan tristes, tantos detalles sobre la muerte de Michele. Su fin ha sido armonioso, a imagen de su vida entera, a imagen también del círculo de los suyos. El don de llevar una vida armoniosa raramente va acompañado de una inteligencia tan aguda, sobre todo en la medida en que él la poseía. Pero lo que yo admiraba más en Michele, como hombre, era el hecho de haber sido capaz de vivir tantos años con una mujer, no solamente en paz, sino también constantemente de acuerdo, empresa en la que yo, lamentablemente, he fracasado por dos veces.

Nuestra amistad nació cuando yo era estudiante en Zurich; nos encontrábamos regularmente en veladas musicales. El, el mayor y el sabio, estaba allí para estimularnos. El círculo de sus intereses parecía verdaderamente sin límites. Con todo, eran las preocupaciones críticofilosóficas lo que parecía dominar en él.

Más tarde, nos reunió la oficina de patentes. Nuestras conversaciones en el camino de regreso tenían un encanto incomparable, era como si las contingencias humanas no existieran en absoluto. Por el contrario, después tuvimos más dificultades para comprendernos por escrito. Su pluma no llegaba a seguir a su espíritu versátil, de manera que era, en la mayor parte de los casos, prácticamente imposible a la persona a quien escribía adivinar lo que él había omitido.

He aquí que ahora nuevamente me ha precedido un poco al abandonar este mundo extraño. Esto nada significa. Para nosotros, físicos creyentes, esta separación entre pasado, presente y porvenir no tiene más que el valor de una ilusión, por persistente que ésta sea.

Dándoles las gracias cordialmente, les envío mis mejores recuerdos. Suyo, A. Einstein

(1) Hijo y hermano de Besso.